

Cuaderno de un retorno a mi pueblo natal

(fragmentos)

Francisco Hernández

10

¿Quién regresa ahora que vuelvo retornado?
¿A dónde regreso? ¿No es cada vuelta al punto de partida
una isla rodeada de redundancias por todas partes?
¿Quién vuelve a ver las piedras siempre vivas,
apenas desgastadas por lengüetazos
o por los pies agrietados de los pobres?
¿Quién mira, olvidándose de la erisipela,
los ojos colorados de los conejos de piedra?
Descubro a mi madre con su piel ya enferma
y una sola palabra suya pone en movimiento
aquel lenguaje repleto de cáscaras jugosas
y de ceremonias donde el descorazonado era el viento.

Pero ni ella puede ayudarme a reconocer
el miedo de quien vuelve.
No hay nada en sus pupilas: ni migajas, ni fardos,
ni tijeras, ni ciclones, ni mojarras pescadas
por las arrugas de la luna nueva.
Señalándome hacia la Laguna Extraviada,
me dice antes de desaparecer:
“Tienes que usar el júbilo de las manos
para ir reconstruyendo lo vivido.
Busca tus huellas en las calles. Tus huellas
de hace medio siglo. Una vez encontradas,
méte las en un costal y ven a soltarlas
por los entresijos del patio...”.
Afuera, quince perras en brama traían
para mi perspectiva un collar de espolones.

11

Han apagado las luces del pueblo
y bajo la insistencia de una mancha plateada,
los chocos y las chocas dan vueltas en el parque.
Giran sobre la novedad de su calzado
como si fueran trompos o bailarines turcos.
Intercambian parpadeos,
muestran algún pliegue de su ropa interior
y con los arraigos de sus orientaciones conejeras
determinan el lugar de la cita.
Se han dormido los pichos,
se han despertado las serpientes.
La oscuridad se hincha: es una yegua
saltadora de estrellas.

Los labios amortiguan la insistencia
 de badajos cañeros
 y dos, tres, cuatro lechuzas
 cruzan el cielo negro
 donde el revuelo
 se vale de pararrayos para sonar.
 Los Blancos ya no participan en las danzas del parque.
 Ahora no descienden de sus Altas Esferas,
 donde ningún rito los alcanza
 ni los enrosca a la temperatura de los músculos.
 Taconeos. Sudores. Tarimas. Impurezas.
 Los chocos y las chocas sonríen al continuar girando,
 como si tuvieran en el rostro
 la lubricación de sus cadenas.

12

El calor se trepó a las azoteas.
 Desde ahí ablanda el pavimento
 y la corteza cerebral.
 No hay fuentes en el pueblo.
 Los pájaros tienden a imaginarse
 líquidos de sombra, para en ellos
 remojar sus patas y sus picos,
 además de la marejada de sus plumas.
 Las nubes se esfumaron.
 Los dos riachuelos quedaron secos.
 Nadie se mueve. Nadie se muere.
 En la cárcel municipal cualquier silla
 es una silla eléctrica.

Del libro inédito *Guademe de un retorno a mi pueblo natal*.